La repetición en la arquitectura moderna / 1

Juan Antonio Cortés
María Teresa Muñoz

La función se ha utilizado normalmente en arquitectura como concepto opuesto al de forma que se realiza teniéndose a sí misma como exclusiva referencia. La funcionalidad de un objeto, de un edificio en este caso, significa ante todo que éste deja de ser algo independiente para tomar su sentido de otra cosa, de unas necesidades o un programa que pasan a constituir su propia razón de ser. Para el funcionalismo, el rendimiento instrumental de la arquitectura es el único valor a tener en cuenta en la evaluación de una obra construída, cuya entidad formal ha de transformarse necesariamente en una satisfacción exterior. La realidad arquitectónica se sitúa ahora fuera de la forma y, como consecuencia, la individualidad del objeto tanto como la de su autor pierde en gran medida su significación. De aquí la vinculación entre funcionalismo y normalización o tipificación formal, y de aquí también el desinterés de funcionalismo por los aspectos particulares o por el carácter de las obras de arquitectura.

El tema de la normalización o tipificación formal (*Typisierung*) apareció ya en 1914 como centro del famoso debate mantenido en Colonia por Hermann Muthesius y Henri van de Velde en el marco del Deutscher Werkbund. En los diez puntos de sus *Proposiciones*, Muthesius insistía en la idea de que únicamente a través de la tipificación podría la arquitectura recobrar esa significación universal que la había caracterizado en todas las épocas culturalmente armónicas. Por su parte, Van de Velde, interpretando la posición de Muthesius como un ataque a la noción misma de libertad del artista individual, proclamaba sus también diez *Contra-Proposiciones*, donde protestaba enérgicamente contra cualquier imposición de cánones o tipos a la actividad creativa de los artistas. En su opinión, el canon no podía ser nunca anterior, sino el efecto resultante del trabajo individual y libre sobre la forma.

La claridad con que se presentaban en el debate estas dos posiciones antagónicas no impedía, sin embargo, apreciar la carga de ambigüedad que encerraba el término *Typisierung* utilizado por Muthesius, y así fue reconocido por algunos de los otros arquitectos que intervinieron en el debate. Peter Behrens hizo notar que la tipificación no debía entenderse como la imposición de un canon, sino como la expresión de una fuerte personalidad y del propósito de la obra; en este sentido, las mejores obras de un artista individual serían siempre tipos. August Endell se manifestaba poco interesado en el logro de esa uniformidad artística, por otra parte imposible de alcanzar cuando miles de personas trabajan individualmente sobre los mismos problemas. La trascendencia social de la tipificación era, para Ernst Osthaus, su vertiente más positiva y no tenía nada en absoluto que ver con el arte. Bruno Taut entendía la reproducción de una obra como el camino hacia su pérdida de vigor, hacia su neutralización. Y Richard Riemerschmidt, por fin, denunciaba con energía la confusión reinante en el debate, al mezclarse conceptos tan diferentes como el de producción en masa ligada a la industria y el de obra de arte individual, el de tipificación y el de canon.

Como evidencian estas declaraciones, lo que se enfrentaba en las discusiones del Deutscher Werkbund no era tanto la obra única contra la obra repetible, sino más bien las distintas alternativas del origen de la forma, ya fuera desde la imposición a priori de unos patrones y normas o desde la voluntad artística del creador. En un caso, la generalización vendría desde la adaptación o conformación a unos cánones establecidos previamente y, el otro, por la reproducción a partir de una obra ejemplar. En Muthesius, la idea de repetición venía dictada por la industria, que exige homogeneidad en sus productos y no está interesada por la singularidad de una obra ni por la personalidad de su autor. La existencia de una obra original, y sobre todo de un autor individual, son en el caso de Van de Velde lo único que interesa y, sólo como consecuencia de ello, la posibilidad subsiguiente de repetición.

Estas dos corrientes —la industrial y la artística— que se enfrentan y al mismo tiempo son la razón de ser del Werkbund, confluyen en la arquitectura moderna con una red de factores ideológicos y programáticos, dando lugar a que el problema de la repetición cobre una especial importancia para el pensamiento funcionalista. Por una parte, desde el momento en que en la arquitectura moderna la forma no se impone desde sí misma, sino que ha de estar al servicio de unas necesidades, se hace necesario definir cuales van a ser esas necesidades o funciones que van a determinar el trabajo de los arquitectos. El carácter repetible de las obras garantizaba ya una ilimitada producción de la arquitectura, lo que permitía que las funciones fueran, a su vez, generales y limitadas en su número. Por otra parte, el arquitecto moderno pierde el interés por un caso concreto al plantearse su cometido como la resolución de problemas generales. Trabajará, por tanto, sobre formas o imágenes también generales, repeti-

bles, por lo que su obra adquiere, así, un carácter trascendental. En síntesis, la arquitectura moderna planteará la repetición sobre la base de una función general que conduce a una forma también general.

Hay que tener en cuenta, además, que cuando se presenta por primera vez explícitamente el tema de la tipificación, de la producción en serie, en la arquitectura moderna, se hace desde una posición en que se ha renegado del protagonismo del lenguaje o, al menos, se le ha reducido al papel de simple medio para conseguir otros objetivos. La insistencia en la fijación de normas o estándares capaces de imponer uniformidad a la producción de la arquitectura era, para el funcionalismo, no sólo una respuesta a las exigencias de la industria, sino una manera de proporcionar a los arquitectos un marco de referencia equivalente al que anteriormente había proporcionado la adscripción a un estilo.

A pesar de la naturalidad con que parece aceptarse esta vinculación entre funcionalismo y normalización o tipificación formal, la despreocupación del funcionalismo por lo que la obra tiene de particular, no puede decirse que ello sea una consecuencia directa del protagonismo de la función en arquitectura. Resulta, efectivamente, paradójico que, cuando la arquitectura se define precisamente por no tener otra norma o criterio que no sea la satisfacción de unas necesidades o la adecuación a un programa, las obras se vean despojadas de su carácter circunstancial para dar paso a esa idea de repetición, incluso de producción en serie, que es característica del funcionalismo. Que sea ahora cuando la arquitectura pase a ocupar un nivel más propio de lo modélico que de lo individual, de lo típico que de lo concreto. Que, cuando lo esencial es servir a una determinada función, la obra construida se vea simplemente como la materialización de una entidad arquitectónica general y carente de lenguaje.

El hecho es que el funcionalismo entra en la arquitectura como algo más que el paso automático de una función, una necesidad o un programa concreto a una forma, un edificio. Supone, sobre todo, un intento de generalización que, ante la perspectiva de una producción ilimitada de objetos repetidos, ha de restringir su número y dotarles de una validez universal. Ya que la principal misión que se propone el funcionalismo no es la realización de obras singulares sino la producción de tipos repetibles, es la función misma la que se ve forzada a desvincularse de sus circunstancias concretas y a adquirir un valor de generalidad. En el funcionalismo, es la función la que se hace general y repetible y, sólo como consecuencia de ello, la forma.

Una de las ideas fundamentales de la arquitectura moderna era la creación de una situación universal en la que tuviera cabida la identidad o semejanza de todas las formas construidas, como inevitable resultado de la coincidencia de los arquitectos al trabajar sobre unas funciones típicas traídas por el progreso tecnológico y requeridas por la nueva sociedad. Todos los arquitectos modernos creyeron que la arquitectura podía y debía liberarse de las contradicciones de la historia y del gusto personal para llegar a ser, por fin, objetiva y funcional. Para ello, una vez fijada la función como meta obligada, lo que se hacía era aplicar un riguroso proceso basado en la economía de medios y en la eficacia de resultados que debía conducir de un modo natural a una solución que, por ser la óptima, podía ya repetirse indefinidamente.

Por otra parte, el protagonismo y la generalización de la función en la arquitectura moderna no ha de interpretarse como la eliminación de la dimensión formal de la arquitectura, sino que incluso la hace jugar un papel más preponderante en la definición de la obra. Y esto sucede porque la función, al tener que actualizarse en una forma concreta cada vez que se construye una nueva obra, no puede partir de un modelo general ya formalizado con anterioridad a la materialización del edificio. Ello sería tanto como negar la premisa funcionalista de la forma al servicio de la función y pasar a operar sobre formas preexistentes. Ya que de lo que se trata fundamentalmente no es de dar soluciones particulares ni de adaptar un modelo a diversas circunstancias, sino precisamente de crear este tipo general y repetible, el arquitecto se ve impulsado a realizar un ejercicio formal sobre lo típico en cada edificio que proyecta o construye. Un tipo así, con la potencia formal suficiente para ser capaz de repetirse inalterado en una multitud de casos, nacería por tanto ligado a la actividad del arquitecto que lo crea en lugar de surgir de un modo espontáneo tal como suponían los iniciadores del Werkbund.

En el funcionalismo, la forma no desaparece, ni siquiera deja de ser la condición esencial de la arquitectura; se exige, simplemente, que la forma no se imponga desde sí misma, sino que sea encontrada para servir a otros intereses de los que depende. En este sentido, la funcionalidad no impide el trabajo sobre la forma por parte de los arquitectos, aunque tampoco lo patrocine explícitamente, siempre que el fin último sea la eficacia del edificio por encima de su dimensión estrictamente formal. Sería, entonces, más la relación de un medio con un fin determinado que una relación causa-efecto la que estaría implícita en la famosa máxima "*la forma sigue a la función*".

Esta relación entre forma y función explica el que la arquitectura del funcionalismo haya tenido manifestaciones formales tan diversas y que arquitecturas contrapuestas formalmente hayan podido apropiarse, con idéntico derecho, del calificativo de funcionalistas. La misma amplitud del término función, sin otra característica permanente que no sea su condición de opuesto a la idea de arbitriaredad formal, ha permitido que el adjetivo funcionalista pasase fácilmente de unos movimientos a otros. Por una parte, las arquitecturas orgánicas tratan de encontrar formas que correspondan y se ajusten estrictamente a las funciones a las que sirven, dando lugar a edificios que responden con sus peculiaridades a las peculiaridades de la función, y cuya irregularidad no es arbitraria sino dictada por el proceso orgánico al que dan forma. Por otra parte, las arquitecturas racionalistas intentan dar cabida a las funciones de una manera amplia, con edificios cuya regularidad y simplicidad geométrica se justifica como solución óptima a unas eventuales oscilaciones de la función. En cualquier caso, el funcionalismo ha sido seguramente uno de los cauces más propicios para la forma en arquitectura —tanto por el hecho de que el ejercicio formal vaya encaminado a servir otros intereses como por tratar de satisfacer necesidades de carácter general— y el movimiento que se mostró más eficaz para llevar a cabo una renovación formal tan profunda como la de la arquitectura moderna.

Comparación de diversas soluciones en plantas dibujadas a una misma escala. Alexander Klein, 1928

A pesar del cambio radical en el lenguaje de las formas que supuso su instauración, los grandes temas de la arquitectura moderna pertenecen por entero al campo de la función. Y lo fueron precisamente aquellas funciones capaces de asumir un carácter más general y, en consecuencia, los edificios que, como el bloque de viviendas, la escuela o el hospital, iban a tener una difusión más amplia. Tal difusión no se entendía como la simple repetición de una forma, sino como la generalización de una solución funcional, garantía de la trascendencia y proyección universal que se requería para la nueva arquitectura. La envergadura de esta empresa colectiva de multiplicación de unos pocos tipos generales hace surgir la ilusión de impersonalidad en el trabajo de los arquitectos modernos; una ilusión que, además de ser una de sus exigencias más insistentemente proclamadas, llegó a vislumbrar como posibilidad real de un único estilo.

Las posiciones esgrimidas inicialmente en el Werkbund en torno al tema de la normalización o tipificación formal se decantan finalmente en la arquitectura moderna en una inesperada salida al tema de la repetición. La repetición parecía posible, según los presupuestos del Werkbund, porque para ellos el tipo era o bien un conjunto de normas o estándares o bien la obra singular de un artista tomada como modelo. Sin embargo, como ya anticipaba August Endell en el debate de Colonia, es imposible conseguir la uniformidad cuando multitud de personas trabajan individualmente sobre los mismos problemas, a pesar del interés general por conducir a la arquitectura y al diseño por ese camino. Realmente, el arquitecto moderno no trabajó nunca ni al dictado de una norma ni con la mera pretensión de crear una obra singular. Por el contrario, cada uno de ellos asumió el papel de iniciador, de creador de esos tipos universales en cada obra que acometía, dejando a otros el papel de continuadores. Al asumir como responsabilidad de un solo individuo algo que sobrepasaba con mucho la esfera personal, la arquitectura moderna hace que la obra resulte finalmente, no algo impersonal y desvinculado de su autor como la necesidad de repetición parecía pronosticar, sino por el contrario algo mucho más firmemente adherido a él.

Juan Antonio Cortés
María Teresa Muñoz

Notas

El debate del Deutscher Werkbund, con las *Proposiciones* de H. Muthesius, las *Contra-Proposiciones* de H. van de Velde y las intervenciones de otros arquitectos, aparece recogido, además de en otras publicaciones, en un texto de la Open University titulado *Documents. A Collection of Source Material on the Modern Movement* (1975).

Algunas de las ideas expuestas aquí tienen como referencia inmediata la disquisición que, sobre la funcionalidad en relación con la tauromaquia, hace Rafael Sánchez Ferlosio en *Las semanas del jardín* (Nostromo, Madrid 1974).